

NARRATIVA

Viejo, libertino y desengañado

ARTHUR SCHNITZLER
El regreso de Casanova
 Traducción de Miguel Sáenz.
 El Acantilado, Barcelona, 2000.
 163 páginas, 1.500 pesetas.

HACE casi diez años que la editorial Sirmio publicó en España esta impecable traducción de Miguel Sáenz que El Acantilado recupera ahora con tanto acierto. El interés por la obra de Arthur Schnitzler (1862-1931) parece haberse reavivado en España a raíz del estreno de la dudosa película del genial cineasta Stanley Kubrick *Eyes wide shut*, particular adaptación de la inquietante novela corta del gran autor austriaco *Relato soñado*.

Contemporáneo y amigo de Freud, Schnitzler, médico y neurólogo además de escritor, concebía sus obras como una exploración y una descripción del laberíntico mapa de los sentimientos y las acciones humanas, y aunque tomó elementos del psicoanálisis para utilizarlos en sus obras de teatro, novelas y relatos, fue uno de esos autores que se mostró escéptico con respecto a la capacidad terapéutica del método de análisis e interpretación freudiano del inconsciente. En uno de sus tremendos aforismos (merece la pena leer la estupenda selección elaborada por Joan Parra para Edhasa: *Relaciones y soledades*), Schnitzler expresa su convicción de que en modo alguno el análisis freudiano fuese una novedad: «Lo nuevo es Freud, no el psicoanálisis, como tampoco lo fue América, sino Colón. El psicoanálisis siempre ha existido; los médicos, los poetas, los hombres de Estado, los buenos conocedores de la Humanidad han sido siempre, por fuerza, psicoanalistas, de manera consciente o automática». Esto es, fueron buenos observadores

de los seres humanos, indagadores de sus sentimientos, obsesiones, anhelos, miedos... La verdadera terapia radica en la revelación, en el desocultamiento tanto como en la conciencia y asimilación de aquello que ha salido a la luz. Schnitzler es un maestro en el retrato de los desórdenes interiores provocados por las pasiones; habla siempre desde los pozos insondables de los intrincados laberintos psicológicos, desde los resquicios y las revueltas del alma; así, los magníficos monólogos interiores de sus personajes, donde se emula admirablemente la libre asociación de ideas, tanto como la narración de sueños y estados alucinatorios, provocan en el lector la ilusión de una sorprendente cercanía. Por lo demás, Schnitzler, de ascendencia judía al igual que Freud y casi la mayor parte de los más lúcidos autores del presente siglo, ofrece la radiografía de una sociedad *fin de siècle* que hoy, después de más de cien años, se nos antoja aún viva y lo suficientemente aleccionadora como para que advirtamos en aquella la raíz de numerosos conflictos actuales.

El regreso de Casanova (*Casanova's Heimfahrt*), publicada por primera vez en la prestigiosa revista

Neuen Rundschau en 1918, es un ágil divertimento literario, no exento de humor, ironía ni profundidad. Parece que, en esta ocasión, Schnitzler quiso transformarse en el propio «Caballero de Seingalt» y narrar, suplantándolo, una de sus aventuras, acaso la última. Para quienes conozcan bien la monumental *Histoire de ma vie* —las célebres *Mémoires*—, escrita originalmente en francés por el veneciano universal que fue el singular Giacomo Casanova (1725-1798), gran aventurero y libertino, pero también músico, filósofo, cosmopolita ilustrado, la novela que reseñamos les deparará el placer de nadar dulce-mente en aguas conocidas, tan soberbiamente captada está la personalidad del céle-

bre misticador, tan bien trazadas las luces y sombras de su persona, su encanto en sociedad, su búsqueda incesante del goce, su jovial sarcasmo, su imaginación portentosa o sus arrebatos de agrio cinismo... Efectivamente, creerán estar escuchando al mismísimo Chevalier en una de sus narraciones. Por el contrario, para quienes aún no hayan disfrutado de sus obras, constituirá, sin duda, una de las mejores introducciones su lectura.

Luis Fernando Moreno Claros



Arthur Schnitzler



ARTHUR SCHNITZLER
Apuesta al amanecer
 Traducción de Miguel Sáenz.
 El Acantilado, Barcelona, 2000.
 148 páginas, 1.300 pesetas.

EL imperio austro-húngaro finisecular ha tenido muchos cronistas brillantes. Desde Hugo von Hofmannsthal, los hermanos Zweig, Robert Musil, Joseph Roth, hasta los más jóvenes, el malogrado Odón von Horvath o el sobrealorado Sándor Márai, todos describen con más o menos deje melancólico la decadencia de un mundo anacrónico, que gira en alegres valses alrededor de la fastuosa Corte imperial. Nadie como Arthur Schnitzler, sin embargo, ha sabido analizar con tanta

La vida es juego

agudeza y escepticismo a la burguesía vienesa, a la que pertenecía. Sirviéndose del psicoanálisis de Freud, examina —sin prejuicios, sin afán moralizante— los sentimientos, las costumbres y, sobre todo, las relaciones eróticas de baronesas y coristas, médicos y tenientes, rentistas e institutrices.

La presente novela corta, publicada en 1927, y reeditada en España en una colección dedicada últimamente a rescatar las mejores obras de Schnitzler, se centra en la figura de un joven alférez y ofrece una reflexión amarga sobre los absurdos códigos de honor que rigen la vida de los militares. Wilhelm Kasda, un modesto cumplidor alférez sin dinero ni título, se propone ganar a las cartas una considerable suma que un amigo ha desfalcado para sacar a éste del apuro. Tras una noche de juego favorable, arriesga todas sus ganancias y se endeuda sin remisión. En la ca-

rrera contrarreloj para conseguir el dinero —«Las deudas de honor deben pagarse en un plazo de veinticuatro horas»— está forzado a repetir las mismas humillantes visitas rogativas que su amigo el día anterior y, finalmente, se pega un tiro para salvar su honor.

Varios golpes de azar determinan la suerte de Kasda. Esta lógica del azar es la que precisamente pone en evidencia lo arbitrario y discontinuo de la realidad. La vida del alférez, como la de tantos jóvenes entregados en cuerpo y alma a la carrera militar, no conoce otro propósito que seguir las convenciones de honrra y honor de su estado y su clase. Por eso se somete sin rechistar a las reglas del juego que le destruyen. Schnitzler, con su interés por las víctimas sociales de la monarquía austro-húngara, intercala un episodio amoroso de un cinismo poco común, donde contraponen el honor del militar al ho-



nor de una prostituta. En su busca desesperada de dinero, Kasda se dirige a la rica mujer de su tío, que resulta ser la florista con la que una vez pasó una noche loca. Ésta ahora le hace pagar con la misma moneda. Para conseguir el dinero, Kasda tiene que acostarse con su tía, quien fríamente, al despedirse al amanecer, le deja un billete sobre la mesa. La maestría narrativa de Schnitzler hace en todo momento las delicias del lector hasta la escena final, donde se resume poéticamente la vacua existencia del protagonista: «Robert Wilram, que seguía de rodillas ante su sobrino muerto, dejó vagar su mirada por la habitación. Sólo entonces observó la mesa con los restos de la cena, los platos, las botellas, las copas. En el fondo de una de ellas brillaba aún algo dorado y húmedo».

C. Dreytmüller

